

Una aproximación a la historia y fundación de la misión de Mochicahui, Sinaloa

Jorge Arturo Talavera González*

Teresa Eleazar Serrano Espinosa**

El descubrimiento de las regiones situadas en el norte despertaron en los conquistadores españoles una verdadera fiebre por explorarlas, motivo por el cual se formaron diversas expediciones, entre ellas la de Beltrán Nuño de Guzmán, quien partió de la ciudad de México rumbo a la conquista del noroeste de la Nueva España. Una primera etapa la realizó en Sinaloa, con su llegada a Chametla, a finales de 1530. Allí permaneció hasta enero de 1531. En su trayecto combatió contra los habitantes de Culiacán y fundó la villa de San Miguel en el mes de septiembre de ese año, donde construyó una fortaleza. Después esta villa fue trasladada frente a Navito, casi en la desembocadura del río San Lorenzo, y de ahí al lugar donde se unen los ríos de Humaya y Tamazula. Desde entonces se llama San Miguel de Culiacán (Othón de Mendizábal, 1946: 10-11).

Éste fue el inicio de una transculturación de las naciones indígenas que produjo un mestizaje, pero algunos grupos de población fueron impermeables a la asimilación de las costumbres españolas y conservaron, hasta donde fue posible, sus tradiciones y costumbres.

El afán de lucro y poder de los españoles infundió una enorme fuerza expansiva sobre las mejores tierras; los conquistadores se apoderaron con rapidez de las tierras sin dueño y, cuando éstas faltaron, empezaron a presionar sobre las de los indios. El deseo de explotar los recursos naturales, de incrementar las contribuciones y de propiciar en los indios los medios suficientes de vida determinaron que los españoles procuraran convertirlos en vasallos útiles a la Corona.

Esto fue un exhorto para que, el 4 de agosto de 1533, Nuño de Guzmán ordenara al capitán Diego de Guzmán partir de Culiacán con el fin de explorar y someter los territorios situados al norte de la provincia de Culiacán, expedición que llegó hasta el río Yaqui.

En 1536 pasaron por la región Álvar Núñez Cabeza de Vaca y sus compañeros, supervivientes de la expedición que encabezó Pánfilo de Narváez a la Florida. Los relatos que hicieron de las siete ciudades de oro de Cibola y Quivira motivaron al virrey Antonio de Mendoza para que enviara, en 1540, a Francisco Vázquez de Coronado a conquistarlas. Después de pasar por Sinaloa, Sonora, Arizona y Nuevo México, éste llegó a Cibola y Quivira, pero no le parecieron las maravillas que le habían contado (*ibidem*: 11-12), ya que las perspectivas encontradas en el norte fueron bastante desalentadoras: la geografía era agreste y hostil, había una gran diversidad de grupos indígenas con igual número de lenguas, los cuales presentaban un patrón de asentamiento disperso, con economías basadas más en la caza-recolección que en la agricultura, y se caracterizaban por ser en extremo independientes y autónomos.

* Dirección de Antropología Física, INAH.

** Dirección de Etnohistoria, INAH.



Misión de San Jerónimo de Mochicahui, construcción del siglo XVIII. Fotografía: Arturo Talavera González, 1995

Prácticamente quien realizó la conquista de la provincia de Sinaloa en 1563 fue Francisco de Ibarra, gobernador de Nueva Vizcaya, que reconoció este territorio (Pérez de Ribas, 1944: 151-153). Algunos de sus soldados y colonos se establecieron cerca de Culiacán y fundaron, en 1564, la villa de San Felipe y Santiago de Carapoa, en las cercanías del que hoy se conoce como El Fuerte, Sinaloa.

Desde sus primeras expediciones de conquista, Nuño de Guzmán en Culiacán y Francisco de Ibarra en El Fuerte, Sinaloa, crearon diversas formas de organización y establecieron las encomiendas, un procedimiento mediante el cual los indios debían servir a los españoles y pagarles tributo, mientras que los encomenderos estaban obligados a ver que se les diera a los naturales un buen trato y se les enseñara la doctrina cristiana. También establecieron los municipios, es decir, gobiernos de los pueblos con sus alcaldes y regidores (SEP, 1988: 75).

Una variante al régimen de la encomienda fue la congrega, que surgió en el norte, donde no existieron poblaciones indígenas con territorio bien delimitado y cuyo recorrido era

estacional en áreas reconocidas por la colectividad. Esta institución consistió en la redada periódica de los indios nómadas, a los que se reducía de manera temporal con el objeto de someterlos al trabajo bajo la vigilancia de algunas familias españolas, las cuales tenían el cargo de protectoras, si bien aquéllos se rebelaban y huían continuamente. Finalizadas las obras, se dejaba en libertad a los indios, para volverlos a congregar en un nuevo periodo de trabajo. De esta forma se trató de resolver el problema de la falta de mano de obra, debido a la prohibición legal de la esclavitud de los indios, dictada en 1542. La congrega funcionó con normalidad en las regiones septentrionales y, legalizada en 1596, subsistió hasta el siglo XVIII.

La congregación de los naturales, o su reducción a pueblos, fue una solución sencilla para la política colonizadora indigenista. Uno de los mayores obstáculos con que tropezó fue la resistencia de los indios para desprenderse de sus tierras, debido a su recelo en cuanto a que la congregación era un pretexto de los españoles para apoderarse de las mismas: apenas se constituía la congregación, las

tierras pasaban a manos de los conquistadores mediante el mercedaje (Galaviz, 1967: 19).

Así se fueron estableciendo avanzadas en sitios convenientes que, con el tiempo, dieron origen a misiones, pueblos y presidios, entre otros. Las misiones, tema de nuestro interés, llegaron a comprender un área situada cerca de los poblados indígenas que integraban a los indios, con el fin de convertirlos a la religión católica y como productores de sus propias subsistencias en cantidad suficiente para prevenir las temporadas de hambre. Se distinguieron por desarrollar la ganadería con la cría de ganado bovino, mular y caballar. También criaron ganado menor como cabras, borregos y cerdos. Respecto a la agricultura, cultivaron maíz, frijol, calabaza, trigo, algodón, caña de azúcar y hortalizas, capaces de proveer el sustento de la propia comunidad. Asimismo, sostuvieron la expansión del sistema misional con el intercambio de productos que los ayudó a combatir epidemias, enfermedades, sequías e inundaciones, lo cual no hubieran logrado de manera independiente.

La producción en las misiones creció lo suficiente para permitir la venta de productos agropecuarios a colonos españoles, sobre todo los dedicados a la minería (Ortega y Del Río, 1993: 78). En ellas, el trabajo comunal de los naturales fue de gran importancia para la subsistencia, ya fuera al laborar en las tierras de la misión, con el pastoreo del ganado, al servicio de las comunidades, desempeñando los nombramientos de gobernador y alcaldes, en la construcción o reparación del templo y de las casas del misionero o en la construcción y limpieza de acequias (*ibidem*: 67).

La evangelización en el noroeste fue emprendida por la Compañía de Jesús, reconocida por su práctica cristiana, sus amplios conocimientos y su capacidad de exposición doctrinal, por lo que era apta para esta tarea. En 1590 los jesuitas fueron enviados a convertir la provincia de Sinaloa. Su presencia fue requerida por la Corona española para que, por medio de la conversión de los naturales, se llevara a cabo la colonización y explotación de ese territorio. La villa de San Felipe y Santiago más tarde sería el centro de las misiones de la orden. Desde este pueblo, hoy Sinaloa de Leyva, iniciaron el avance misionero, siguiendo el curso de seis ríos: Mocorito, Petatlán, Ocoroni, Zuaque (hoy El Fuerte), Mayo y Yaqui.

La actividad misionera consistió, principalmente, en impartir a los naturales la enseñanza de las primeras letras, la doctrina cristiana y algunos oficios, en iniciarlos en la vida productiva y de buenas costumbres, y en asistir a los

enfermos y moribundos, tanto en lo corporal como en lo espiritual. Aunque la misión fue una institución de carácter religioso, resultó muy útil a la Corona, ya que se encargó de integrar al indio a la nueva estructura política, social y económica.

Su organización fue bien planeada. Una vez reunida una comunidad, se erigía la misión, con tres o más misioneros que residían en la cabecera, con por lo menos dos pueblos de visita a su cargo, y que dependían de un rector y un visitador local, nombrado por el provincial de la orden jesuita en la Nueva España, encargado de vigilar el territorio de tres o más rectorías. Cuando la misión llegaba a ser independiente en lo económico, se buscaba un nuevo lugar para erigir otra nueva hasta que alcanzara su autonomía. Esto permitió ir formando una serie de misiones entre grupos de condiciones similares, de tal forma que se llegó a constituir una provincia. Así se fundó la de Sinaloa y después la de Sonora (López Sarrelange, 1967: 157), donde la mayoría de los pueblos indios fueron congregados en sus misiones. Además de evangelizarlos, allí se desarrolló una importante acción colonizadora, ya que entre 1589 y 1716 estos religiosos establecieron 10 zonas misionales: San Luis de la Paz y Parras (1589), Sinaloa (1591), Acaxes y Xiximies (1592), Tarahumara Baja (1607), Mayos y Yaquis (1614), Tarahumara Alta (1673), Pimeria Alta (1687), Seris (1688), California (1697) y Nayarit (1716).

A partir de 1591 se retomó la idea y la acción de emprender la conquista espiritual del norte de Sinaloa, a instancias del gobernador de Durango, Rodrigo del Río y Loza, y del padre visitador Diego de Avellaneda, que designaron a los misioneros jesuitas Gonzalo de Tapia y al criollo Martín Pérez para iniciar la empresa. Ambos salieron de Durango el 15 de mayo y pasaron de San Luis de la Paz a San Felipe y Santiago de Sinaloa. Esta villa fue el último asiento europeo en el que sobrevivían cuatro familias españolas rodeadas por más de 50 mil naturales.

Poco tiempo después, en 1592, los secundaron dos misioneros más: Alonso de Santiago y Juan Bautista de Velasco. Sin embargo, para el 11 de julio de 1594 se dio la primera rebelión indígena contra los misioneros, en la que el padre Tapia, superior de la misión, murió asesinado en el pueblo de Teboropa a instancias de un sacerdote natural llamado Nacabeba, por lo que Martín Pérez tomó el lugar del padre Tapia (Pérez de Ribas, 1944: 172-179). Ante esta situación, el capitán Miguel Ortiz Maldonado, entonces alcalde mayor de Sinaloa, castigó y ejecutó a la mayor parte de los homicidas del misionero. Esto propició

que al siguiente año llegaran a Sinaloa soldados enviados por el virrey Luis de Velasco al mando del capitán Alonso Díaz, con el fin de proteger a los religiosos y fundar el presidio de Sinaloa, formado por un grupo de soldados, llamados presidiales, al mando de un capitán cuyo propósito era proteger las fronteras del territorio y brindar vigilancia a las misiones. Esta guarnición o presidio se estableció en las márgenes del río Zuaque –después llamado río El Fuerte–, donde, en 1599, Diego Martínez de Hurdaide asumió el cargo de capitán del presidio y alcalde mayor de Sinaloa, el mismo que desempeñó un importante papel durante los siguientes 20 años. Gracias a su apoyo en las tareas misionales, la evangelización se propagó con rapidez por todo el noroeste, lo cual favoreció el establecimiento de numerosos centros en los que se fueron formando nuevas comunidades de indios, como las misiones de Mocorito, Guasave, Nío, Tamazula, Ahome, San Miguel, Charay y Mochicahui.

En relación con esta última misión, consideramos conveniente tomarla como ejemplo para conocer la manera en que se establecieron, debido a la conservación de algunos vestigios que datan del siglo XVIII. Mochicahui fue el pueblo principal de la nación zuaque, junto con Charay y Cigüini, cuyos pobladores eran rebeldes y belicosos. Con la llegada de los misioneros jesuitas en 1605, el padre Andrés Pérez de Ribas empezó a evangelizarlos, tal como menciona:

Llegó el tiempo que la Divina Providencia tenía señalado para rendir y sujetar al suave yugo de la ley evangélica de la Nación Zuaque, que tantos años había estado rebelde, así a la divina ley, como al valor de los españoles, que tantas veces se vieron obligados a mover y ejercitar las armas contra ellos (*ibidem*: 301).

Cuando entró por primera vez este religioso a Mochicahui, declaró a sus pobladores que venía a su tierra no en guerra, porque no traía armas ni venía acompañado de soldados, sino a enseñarles el camino de su salvación, para lo cual debía realizar el bautizo de sus hijos pequeños, de la misma forma que lo había hecho en otras naciones. Menciona que en esta localidad fueron bautizados 300 naturales con la ayuda de la india Luisa, quien sirvió de intérprete a Francisco Ibarra durante la conquista de la provincia de Sinaloa, dispuesta como madrina de muchos infantes, al igual que sus tres hijas. En este sacramento, a las niñas se les asignó el nombre de María, hecho que celebraron y recibieron con singular alegría, diciendo *Iaut teua*, cuyo significado es nombre principal

y de señora (*ibidem*: 302). También señala el bautizo de 27 ancianos a punto de morir y la ratificación matrimonial de parejas de las que dudaba de la legitimidad de sus uniones.

Cabe señalar que uno de los bautizados fue el cacique Taxicora, principal señor de los zuaques, quien había presentado una mayor resistencia a la penetración española. Una vez convertido, tuvo por nombre Ventura y más tarde ayudó a la evangelización de su nación (*ibidem*: 304). Otro indio de gran apoyo para la conversión de la nación zuaque fue Cristóbal Anamei, distinguido por su valentía en toda la provincia, que se había ganado la autoridad y nombre en su nación, además de ser respetado en otras. Una vez cristiano, la gobernó durante muchos años y promovió la construcción de iglesias.

La primera iglesia levantada en este poblado fue una enramada, “que al decir misa en ella era como decir la en des-poblado”, por lo que los zuaques de Mochicahui, al ver que otros pueblos tenían iglesias mejor construidas, decidieron, junto con Pérez de Ribas, edificar la suya. En esta empresa participaron hombres, mujeres y niños, como lo refiere aquí:

Las indias zuacas se ofrecieron con mucha voluntad ayudar a la obra; y cada día que había, andaban cincuenta o cientos acarreamo agua; servíalas de no poco aliento a las bárbaras zuacas el decirles, que aquella casa era de la Madre de Dios, María, cuyo nombre (como ya dije) tenían por glorioso y amable; hasta los niños y niñas ayudaban y no poco en la obra; días había que trabajaban en ella de todas las edades cuatrocientas o seiscientas personas, aunque no duraba el trabajo más de medio día, por no cansarlos (*ibidem*: 306).

Su construcción fue de adobe, madera y piedra, al igual que el aposento que servía de dormitorio al misionero. Cuando la iglesia se terminó, se pintó de blanco –fue encalada–, se decoró con diversos colores y al frente se colocó una gran cruz de madera.

Al parecer, la iglesia era de grandes dimensiones, con divisiones para niños y niñas. Allí asistía la gente del pueblo y un gran número de vecinos de otras localidades. Es importante mencionar que las mujeres de la población, alentadas por la obra de su iglesia principal, se animaron a edificar además una pequeña ermita a la Virgen María (*idem*) en lo alto del cerro de La Tortuga, mejor conocido como el cerro de La Cruz.

Para conmemorar la dedicación de estas edificaciones, el religioso jesuita nos dice:



Interior de la misión de San Jerónimo de Mochicahui. Fotografía: Arturo Talavera González, 1995

Se pusieron la noche antes en la ermita dos ternos de Chirimías uno y otro de trompetas; y otros dos sobre la iglesia, los cuales con su música se correspondían y en una parte y otras muchas luminarias y fuegos que se encendieron, además de eso, sobre la iglesia se levantaron algunos estandartes y gallardetes de seda de china que para allí eran como brocados de tres altos. En la plaza del pueblo que era grande, se encendieron otros fuegos y en medio de ellos sus danzas con tambores [...] El día siguiente se ordenó la procesión, y para ella levantaron en las cuatro esquinas de la plaza cuatro muy frescas enramadas de verdes ramos del monte; y en ellas altares y las calles por donde pasaba la procesión adornadas con los mismos tapices de los árboles del monte. Cantose la misa con solemne música (*ibidem*: 306-307).

Al ver este religioso la gran cantidad de gente que venía a Mochicahui para recibir los servicios religiosos, decidió fundar allí una misión, que llevó por nombre San Jerónimo

de Mochicahui, la cual tuvo como visita los pueblos de San Miguel y Nuestra Señora de la Natividad de Ahome. Entre los tres poblados, pertenecientes al rectorado y colegio de San Francisco Javier de Sinaloa, existieron 855 familias (Barrus y Zubillaga, 1986: 109-110).

La misión de Mochicahui dependió, desde su fundación hasta 1620, al obispado de Guadalajara y, después de esta fecha, al de Durango. Funcionó como tal hasta mediados del siglo XVIII, cuando ocurrió la expulsión de la orden jesuita, el 14 de julio de 1742, y llegó a ella el padre visitador general Lucas Luis Álvarez para dar fe de sus actividades. En esa época San Jerónimo de Mochicahui ayudaba a la misión de California con el envío de frutas y legumbres, y ésta a su vez remitía géneros cada año. El padre visitador menciona que la misión de Mochicahui tenía tierras de siembra, así como ganado mayor y menor, mulada y caballada.

Para esas fechas, el padre misionero de San Jerónimo de Mochicahui era Diego de Valladares, que murió a fines de enero de 1756 a manos de los indios yaquis y mayos (Ba-

rrus, 1963: 80). El último que misionó allí fue el padre Antonio Ventura, que llegó a la misión en 1766 y fue expulsado de la Nueva España un año después, junto con todos los miembros de la Compañía de Jesús (Pradeau, 1959: 24). Todo se debió al éxito de los jesuitas en la educación, por su acumulación de riqueza, por su independencia de las autoridades eclesiásticas y por los privilegios que tenían, lo cual despertó envidias entre las órdenes religiosas, que los acusaron de permitir herejías en el culto y de intentar sojuzgar al trono español. Esto marco el fin de las misiones e implicó la expropiación del vasto imperio económico, que comprendía grandes y eficientes propiedades rurales. Además, afectó toda la zona de Sinaloa, pues al incautarse sus bienes, éstos quedaron en manos de gobernadores o del clero secular, que destruyeron la organización de las misiones. Los naturales que estaban en pueblos de misiones fueron despojados de sus tierras de comunidad y pasaron a ser peones, vaqueros y operarios de minas (SEP, 1988: 93-94).

En la actualidad perduran algunos restos arquitectónicos de la construcción del siglo XVIII edificada sobre la primera misión jesuita, ubicada al lado del templo donde hoy en día se realiza el culto católico.

La arquitectura se puede describir con las siguientes características: planta rectangular de una sola nave de pequeñas dimensiones, cuya finalidad era concentrar y unificar a la congregación, así como procurar que todos mantuvieran la atención en el altar, edificado de adobe sobre una plataforma cerrada para conformar el presbiterio; techo de dos aguas con viguería labrada; muros de adobe pegados con mortero de la misma consistencia y cubiertos en algunas partes por un aplanado de argamasa; el muro trasero del altar presenta dos hornacinas o nichos donde es probable que fueran colocadas algunas imágenes –cabe señalar que el adobe fue el material más común empleado para fines constructivos en estas áreas semidesérticas del norte de México–; uno de los muros laterales presenta un acceso de poca altitud, coronado por un dintel de madera, que posiblemente conducía a las habitaciones de los misioneros.

Finalmente, podemos decir que los jesuitas se distinguieron por la fundación estratégica de sus misiones, ya que las hicieron de manera escalonada para que una fungiera como vanguardia predicadora mientras que las otras eran los puntos de apoyo para adentrarse en territorio desconocido y abastecerse de víveres, y que a su vez sirvieron para apoyar a nuevas fundaciones, cada una con actividades económicas propias para sostener el autoconsumo y que

llegaron a tener un excedente para el comercio. Además, existió una planificación en el establecimiento de estas misiones, la cual conjuntó a los naturales en asentamientos estables y favoreció su sometimiento. Tal fue el caso de San Jerónimo de Mochicahui, que, como pueblo principal de la nación zuaque, rebelde y belicosa, sirvió de ejemplo para llevar a cabo la evangelización, la construcción de templos, así como la introducción de sus pobladores en las actividades de la agricultura y ganadería.

Bibliografía

- Barrus, Ernest, *Misiones norteñas mexicanas de la Compañía de Jesús, 1751-1757*, México, Antigua Librería de Robledo de José Porrúa e Hijos (Biblioteca de Obras Inéditas, 25), 1963.
- Barrus, Ernest J. y S. J. Félix Zubillaga, *El noroeste de México. Documentos sobre las misiones jesuíticas, 1600-1769*, México, IIH-UNAM (Documental, 18), 1986.
- Borboa Trasviña, Marco Antonio, "La conquista de la provincia de Sinaloa y la evangelización de los indios zuaques de Mochicahui", en *Ra Ximhai*, Universidad Autónoma Indígena de México, El Fuerte México, vol. 3, núm. 2, mayo-agosto de 2007, pp. 325-342.
- Galaviz de Capdeville, María Elena, *Relaciones indígenas en el norte del reino de la Nueva España (siglos XVI-XVIII)*, México, Campesina, 1967.
- López Sarrelange, Delfina, "Las misiones jesuíticas de Sonora y Sinaloa, base de la colonización de la Baja California", en *Estudios de Historia Novohispana*, México, IIH-UNAM, vol. II, 1967, pp. 149-201.
- Ortega Noriega, Sergio, *Un ensayo de historia regional. El noroeste de México, 1530-1880*, México, IIH-UNAM, México, 1993.
- Ortega Noriega, Sergio e Ignacio del Río, *Tres siglos de historia sonorense (1530-1830)*, México, IIH-UNAM (Historia Novohispana, 49), 1993.
- Othón de Mendizábal, Miguel, *Obras completas*, t. III: "La evolución del noroeste de México", México, Talleres Gráficos de la Nación, 1946.
- Pérez de Ribas, Andrés, *Páginas para la historia de Sinaloa y Sonora. Historia de los triunfos de nuestra santa fe entre gentes las más bárbaras y fieras del nuevo orbe*, México, Layac, tt. I-III, 1944.
- Pradeu, Alberto Francisco, *La expulsión de los jesuitas de las provincias de Sonora, Ostimuri y Sinaloa*, México, Antigua Librería de Robledo de José Porrúa (Biblioteca Mexicana de Obras Inéditas, 24), 1959.
- Secretaría de Educación Pública, *Sinaloa (Tierra fértil entre la costa y la sierra) Monografía estatal*, México, SEP/Zambra, 1988.
- Talavera González, Jorge Arturo, "Mochicahui, Sinaloa: un asentamiento prehispánico en la frontera septentrional de Mesoamérica. Un estudio bioarqueológico", tesis de licenciatura en antropología física, México, ENAH, 1995.